Tema 23. **¿EXISTIERON ADÁN Y EVA?**

Darwin y el Génesis

Según la Biblia, Dios formó a Adán, el primer hombre, con barro del suelo. De una costilla suya hizo a Eva, su mujer. Y luego los colocó en medio de un paraíso fantástico. Ambos vivían desnudos sin avergonzarse, y Dios por las tardes solía bajar a visitarlos y charlar con ellos (Génesis 2). Esta historia, que nos entusiasmaba cuando éramos niños, nos pone en serias dificultades ahora que somos grandes. La ciencia moderna ha demostrado que el hombre ha ido evolucionando a partir de seres inferiores, desde el *Australopitecus*, hace unos 3 millones de años, pasando por el *homo habilis*, el *homo erectus* y el *homo sapiens*, hasta llegar al hombre actual.

Hoy sabemos, pues, que el hombre no fue formado ni de barro ni de una costilla; que al principio no hubo una sola pareja sino probablemente varias; y que los primeros hombres eran primitivos, no dotados de sabiduría y perfección. ¿Por qué, entonces, la Biblia relata así la creación del hombre y de la mujer? Sencillamente porque se trata de un relato literario, que pretende dejar una enseñanza religiosa a la gente. Lo compuso un anónimo catequista hebreo, a quien los estudiosos llaman el **"yahvista"**, probablemente en el **siglo VII a.C.** En aquel tiempo no se tenía ni idea de la teoría de la evolución. Pero como su propósito no era el de dar una explicación científica, sino religiosa sobre el origen del hombre, eligió este relato en el que cada uno de los detalles tiene un mensaje religioso, según la mentalidad de aquella época. Trataremos ahora de averiguar qué quiso enseñarnos el autor, con esta narración.

La creencia popular

El primer detalle que llama la atención es que el hombre haya sido creado de barro. Dice el Génesis que en el principio, cuando la tierra era aún un inmenso desierto, *«El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente»* (v.7). Para entender esto, hay que tener en cuenta que a los antiguos siempre les había llamado la atención ver cómo, cuando moría una persona, poco tiempo después se convertía en polvo. Y habían llegado a la conclusión de que el cuerpo humano estaba fundamentalmente hecho de polvo. La idea se extendió por todo el mundo oriental, a tal punto que la encontramos inserta en la mayoría de los pueblos. Los Babilonios, por ejemplo, contaban cómo sus dioses habían amasado con barro a los hombres; y los egipcios representaban en las paredes de sus templos a la divinidad amasando con arcilla al Faraón. Griegos y Romanos compartían igualmente esta opinión.

Cuando el escritor sagrado quiso contar el origen del hombre, se basó en aquella misma creencia popular. Pero agregó una novedad a su relato: que el ser humano no es únicamente polvo sino que posee en su interior una chispa especial de vida que le viene de Dios, que lo distingue de todos los demás seres vivos, y que lo convierte en sagrado. Y no sólo el rey o el Faraón, sino también el hombre de la calle. Eso quiso decir cuando contó que Dios "le sopló en la nariz". Empezaba, así a revolucionarse la concepción antropológica de la época.

Una imagen con carrera

La imagen de un Dios alfarero, de rodillas en el suelo amasando barro con sus manos y soplando en las narices de un muñeco, puede resultarnos algo extraña. Sin embargo en la mentalidad de aquella época era todo un homenaje para Dios. En efecto, de todas las profesiones conocidas en la sociedad de aquel entonces, la más digna, la más grandiosa y perfecta, era la del alfarero. Cómo impresionaba ver a ese hombre que, con un poco de arcilla, despreciable y sin valor, que podía hallar tirada en cualquier parte, era capaz de moldear y crear preciosos objetos: vajillas, vasos refinados y exquisitos utensilios con gran maestría. El yahvista, sin pretender enseñar científicamente cómo fue el origen del hombre, puesto que no lo sabía, quiso indicar algo más profundo: *que todo hombre, quienquiera que sea, es una obra directa y especialísima de Dios*. No es un animal más de la creación, sino un ser superior, misterioso, sagrado e inmensamente grande, porque Dios en persona se tomó el trabajo de hacerlo. La imagen del Dios Alfarero quedó consagrada en la Biblia como una de las mejor logradas. Y a lo largo de los siglos reaparecerá muchas veces para indicar la extrema fragilidad del hombre y su total dependencia de Dios, como en la célebre frase de Jeremías: *«como el barro en la mano del alfarero, así son ustedes en mi mano, oh casa de Israel»* (18,6).

La soledad del hombre

A continuación aparece en el relato una serie de pormenores curiosos y muy interesantes. Dice que Dios colocó al hombre que había creado en un maravilloso jardín, lleno de árboles que le darían sombra y lo proveerían de sabrosas frutas (v.9). El agua sobreabundaba en ese jardín, ya que estaba regado por un inmenso río, con cuatro grandes brazos. Para los lectores de aquella época, cuya vida transcurría en terrenos desérticos y donde el agua resultaba difícil de conseguir, semejante descripción despertaba sus apetencias y daba una perfecta imagen de la felicidad que él hubiera deseado gozar.

Pero de repente el relato se detiene. Algo parece haber salido mal. Dios mismo presiente que no es muy bueno lo que ha hecho: *«No es bueno que el hombre esté solo»* (v.18). Aun con todo el derroche de creación que desplegó, su creatura está solitaria y sin poder colmar sus expectativas. Lo ha rodeado de lujos y bienestar, pero no tiene a nadie con quien relacionarse.

Compañías inadecuadas

Frente a esto, dice el Génesis, Dios busca corregir la falla mediante una nueva intervención. Con gran generosidad crea todo tipo de animales, los del campo y las aves del cielo, y se los presenta al hombre para que le ponga a cada uno un nombre y le sirvan de compañía (v.19). Sin embargo para el hombre no encontró un compañero adecuado. Tampoco los animales resultan una compañía para él (v.20). ¿Dios se ha equivocado de nuevo? Luego de reflexionar, intentará subsanar su segunda equivocación mediante una obra definitiva: *«Entonces el Señor Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que el Señor Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada»* (v.21-23). Finalmente Dios tiene éxito. Puede sonreír satisfecho porque ahora sí ha conseguido un buen resultado. El hombre encontró su felicidad completa con la presencia de la mujer.

Los tres mensajes

Estas ingenuas y pueriles escenas, que presentan a Dios aparentemente equivocándose y sin terminar de complacer los gustos del hombre, en verdad encierran tres profundas enseñanzas.

La primera: *que la soledad del hombre no es buena*. Que no ha sido creado como un ser autónomo y autosuficiente, sino necesitado de los demás, de otras personas que lo complementen en su vida, sin lo cual el mismo hombre "no es bueno". Con aquel hipotético y solitario Adán, el autor quiso denunciar que la primera y principal amargura del ser humano es su falta de compañía, su vida aislada y sin ser compartida con nadie.

La segunda enseñanza está en la frase que dice que en los animales Adán "no encontró una ayuda adecuada". Quiso con ella advertir *que los animales no están al mismo nivel que el hombre*; que no tienen su misma naturaleza; y por lo tanto no estaba bien que éste se relacionara con aquéllos como lo hacía con las personas. De este modo, con mucha finura y delicadeza, el autor condena el pecado de "bestialismo", es decir, las posibles prácticas sexuales con animales, que en aquel entonces se hallaban difundidas en ciertos ámbitos del antiguo oriente.

La tercera enseñanza pretende explicar *que está bien para el hombre dejar a su padre y a su madre*, afectos tan sólidos y estables en aquella época, para unirse a una mujer. Porque esa misteriosa tendencia que todo hombre siente hacia ella la puso Dios, y sólo con ella el hombre encuentra su plenitud. Es el primer canto de la Biblia al amor conyugal.

Por qué nombrar a los animales

También la escena en la que desfilan todas las especies de animales frente a Adán mientras éste pasa lista, los individualiza y les da nombres propios, tenía un sentido profundo para los lectores de aquella época.

"Poner nombre" en la Biblia quiere decir *"ser dueño de"*. En efecto, en el antiguo oriente el nombre no es un mero título, sino que representa al ser mismo de la cosa. Y conocer el nombre de alguien para poder nombrarlo equivalía a tener poder sobre él. Por eso dice la Biblia que al crear Dios el mundo en seis días fue poniendo un nombre a cada cosa: "día", "noche", "cielos", "tierra". Asimismo en la familia eran los padres quienes debían poner el nombre a sus hijos, como señal de propiedad. Y entre los 10 mandamientos, había uno que mandaba precisamente "no tomar el nombre de Dios en vano", para evitar emplearlo como señal de dominación. Aún hoy los judíos no se atreven a mencionarlo para no mostrar supremacía y poder sobre Dios. Presentar, pues, a Adán poniendo nombres a todos los animales es lo mismo que decir que él es dueño de ellos, que está por encima de todos, que le pertenecen y que están a su servicio. Un modo de confesar que el hombre es rey y por lo tanto responsable de la creación.

Por qué hace dormir al hombre

Otro detalle fascinante, es el profundo sueño que Dios hizo caer sobre Adán antes de crear a la mujer. Muchos lo interpretan como una especie de anestesia preparatoria, ya que Dios está por intervenir quirúrgicamente a Adán para extraerle una costilla, y quiere primero volverlo insensible. Pero nuestro autor entendía muy poco de medicina, y sería un desatino imaginarlo aquí anticipándose en tantos siglos a esta práctica de la cirugía moderna. Más bien el sueño de Adán tiene que ver con la concepción que el autor tenía de la acción creadora. Crear es el secreto de Dios. Sólo Dios lo conoce y sólo El sabe hacerlo. El hombre no puede presenciarlo. Por eso duerme cuando Dios crea. Al despertar, no sabe nada de lo que ha pasado. La mujer recién creada tampoco, porque cuando se da cuenta de que existe ya ha sido formada. Con esta escena advierte que la actuación de Dios en el mundo es

invisible a los ojos humanos. Sólo quien tiene fe puede descubrirla. Nadie logra contemplar a Dios que pasa por su vida, si es que está dormido y no despierta a la fe.

Eva y la costilla

Pero el momento culminante de la narración y de alguna manera el centro de todo el relato, lo constituye el detalle de la mujer formada de la costilla de Adán. Nuestro autor emplea aquí una bellísima imagen para dejar a los lectores una lección grandiosa. Para crear a la mujer, Dios no tomó un hueso de la cabeza del hombre, pues ella no está destinada a mandar en el hogar; pero tampoco la hizo de un hueso del pie, porque no está llamada a ser la servidora del hombre. Al decir que la crea de su costilla, es decir, de su costado, la coloca a la misma altura que el varón, en su mismo nivel y con idéntica dignidad. En aquella sociedad marcadamente machista, donde la mujer carecía de derechos y tenía casi el rango de un animal, al servicio exclusivo de su marido y un instrumento para su placer, el autor quiere expresar la igualdad absoluta de los dos sexos. Al señalar que ambos tienen el mismo origen (las manos de Dios), y que ella era su ayuda "adecuada", deja sentado el más grande y auténtico principio feminista de la historia. Tal atrevimiento de declarar a la mujer semejante al varón, debió de haber irritado enormemente a sus contemporáneos, y sin duda constituyó una idea revolucionaria en su época.

Por qué andaban desnudos

El relato termina con un último detalle sugestivo: *«estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban»* (v.25). Más adelante, cuando se desate el drama del pecado original sobre Adán y Eva, dirá: *«entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos»* (3,7). Esta alusión alimentó la imaginación de millones de lectores a lo largo de los siglos, y llevó a pensar que el pecado original tenía que ver con el sexo. Pero en realidad el autor con esta observación sólo buscaba transmitir un último mensaje a sus lectores, basado en la experiencia cotidiana. En ella veía cómo los niños pequeños andaban desnudos sin avergonzarse. En cambio al entrar en la pubertad, lo percibían y se cubrían. Ahora bien, esa época coincidía con la edad en la que todos toman conciencia del bien y del mal, y son responsables de sus actos. El *yahvista* quiso decir que toda persona, al entrar en la edad de la adultez, es pecadora, y por lo tanto responsable de las desgracias que existen en la sociedad. Nadie puede considerarse inocente frente al mal que lo rodea, ni puede decir: "yo no tengo nada que ver". Por eso todos sienten vergüenza de su desnudez. El autor buscó, así, establecer un vínculo entre la condición de pecador de todo hombre, y el fenómeno universalmente percibido de la desnudez (frecuente, además, en aquella época por el tipo de túnicas cortas que usaban los hombres). Esta vergüenza les debía servir como recordatorio de sus pecados.

Un hombre y una mujer

La narración de Adán y Eva, pues, es relato literario (que induce a reconocer la realidad del pecado original). En efecto, la Biblia no pretende enseñar **"cómo"** fue el origen del hombre y de la mujer. El escritor sagrado no lo sabía. Lo que quiso decirnos es **"de dónde"** apareció: de las manos de Dios. El "cómo" deben explicarlo los científicos. El "de dónde" lo responde la Biblia. Y a medida que pase el tiempo, los científicos podrán ir cambiando sus respuestas sobre "cómo" fue la aparición del hombre (si existió desde siempre como es hoy, si evolucionó de seres primitivos, si sus primeras partículas provienen de otras galaxias, etc.)[1]. La Biblia, en cambio, nunca cambiará su "de dónde": de las manos de Dios, que estuvo dirigiendo todo ese proceso. Por eso no debemos temer que aparezcan nuevas visiones científicas. Porque la Biblia mantendrá siempre invariable su mensaje: *el hombre, frágil criatura de barro, es la obra maestra de Dios. Todo hombre es sagrado e irrepetible porque tiene un "soplo" de Dios. El es el rey y el responsable de la creación. Y la mujer participa de la misma grandeza, jerarquía y dignidad que él*. Un tratado de alta teología, no lo habría expresado mejor que este cuento infantil.

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
*Más bien, dichosos los que escuchan **La Palabra** de Dios y la practican*

[1] El 22 de octubre de 1996, el papa Juan Pablo II pronunció un discurso en la Academia Pontificia de las Ciencias, avalando la teoría de la evolución. En aquella oportunidad dijo que los "nuevos acontecimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis". Y que existen "argumentos significativos a favor" de dicha teoría.